

CARMEN SANZ LÓPEZ y JOSÉ SÁNCHEZ ALHAMA
**Medio ambiente y sociedad:
 de la metáfora organicista a la preservación ecológica**
 (Granada, Ed. Ecorama, 1995)

El medio ambiente se proclama como uno de los grandes temas sociales del último cuarto de siglo. Ese amplio reconocimiento, que incluye no solamente el de las instancias académicas, sino también las políticas y la sociedad en su conjunto, no ha tenido, sin embargo, un parangón similar en el tratamiento de esta temática desde la Sociología española. Los trabajos sobre el medio ambiente desde la Sociología son escasos en nuestro país y la institucionalización del tema es todavía muy precaria. Para los sociólogos que llevamos trabajando durante años esta temática, la publicación de nuevos libros que la recogen es siempre motivo de enhorabuena.

El libro que vamos a comentar trata de dar una visión histórica de las perspectivas generales de la relación medio ambiente-sociedad, desde el evolucionismo organicista a la preservación ecológica como nuevo paradigma, considerando en ese recorrido algunos de los aspectos centrales del debate, donde las desigualdades sociales en su relación con la degradación ecológica adquieren una gran importancia en esta obra.

Estamos ante una obra que enfatiza la importancia del análisis sociológico para esclarecer orígenes y consecuencias de los daños ecológicos. Los autores comienzan en el primer capítulo por enmarcar los estudios sobre la ecología en una posición científica y académica, situándolos entre dos parámetros. Por una parte, la evolu-

ción institucional y conceptual de la Ecología General (de ser considerada parte de los programas de investigación exclusivos de la Biología ha pasado a constituir un campo de estudios multidisciplinar, Ciencias Ambientales). Por otra, los cambios paradigmáticos en Sociología (del uso de la metáfora organicista para explicar la «sociedad» y las relaciones sociales se ha pasado a tomar los problemas ecológicos como parte de la realidad social), de donde la Sociología como ciencia social se cuestiona —en este caso— acerca de las causas sociales que han desencadenado históricamente procesos de degradación ecológica y acerca de las consecuencias sociales que tienen dichos procesos.

Así, y frente a planteamientos comúnmente generalizadores, reivindican la naturaleza social del ser humano y la diversidad —desde los inicios— de tipos de sociedades. En relación con sus respectivos sistemas de valores, organización y estructuración social, cada sociedad históricamente ha mantenido unas formas de ocupación y uso de su medio biofísico. En las más desigualitarias socialmente —en el pasado y en el presente—, las formas de apropiación han desviado la ocupación y uso del medio físico hacia intereses exclusivos de unos grupos, en detrimento de otros. De manera que, al margen del número de individuos y de su situación alimentaria, las producciones agrarias e industriales han estado pre-

sididas por el afán de lucro como base de una dominación efectiva de unos grupos sociales sobre otros y de unas sociedades sobre el resto.

En el segundo y tercer capítulos, las desigualdades sociales y la degradación ecológica aparecen consideradas como las dos caras inseparables de una misma moneda: el sometimiento de unos grupos sociales (bien sea por la fuerza de las armas, por razones religiosas o por penuria económica) y su utilización como fuerza de trabajo no remunerada o retribuida con míseros salarios. Ello ha hecho posible —desde una perspectiva histórica— la extensión alcanzada por determinados cultivos, la deforestación, la aniquilación de especies animales y, en definitiva, la fuerte reducción de la biodiversidad que hoy podemos observar. El antropocentrismo, las ideas de evolución y progreso, basadas en el poder de manipular y dominar la naturaleza y que, según los autores, han presidido objetivos científicos y militares y de desarrollo en nuestras sociedades occidentales, han ocultado convenientemente la dominación social imperante, porque al destruir y/o dificultar sistemáticamente las posibilidades de regeneración del medio biofísico no sólo se liquidaban las bases de sustentación, sino que, además, se ponía en peligro la salud de millares de personas en todo el planeta.

A partir de estos planteamientos, en el capítulo cuarto se trata el llamado «riesgo ecológico», planteando que éste no surge de la inconsciencia experimental de nuevas técnicas ni del proceso científico, sino de decisiones políticas perfectamente calculadas sobre procedimientos científica-

mente probados y aplicados a la fabricación de arsenales bélicos, como son los químicos y nucleares. Por otra parte, si bien el riesgo ecológico indirectamente afecta a todo el planeta, directamente son unos países y unos grupos sociales los más expuestos: los países donde se desarrollan conflictos bélicos; los grupos sociales peor informados acerca de las consecuencias sobre la salud, y aquellos que, por sus condiciones sociales, viven en lugares más insalubres y trabajan en puestos de máximo peligro. Los efectos de la degradación ecológica sobre la salud y sobre las economías de las poblaciones actúan incrementando las desigualdades sociales.

Finalmente, en el último capítulo se tratan los costos sociales y ecológicos del liberalismo económico (por su incremento constante de producción y consumo), poniendo de relieve la insuficiencia de las medidas enfocadas únicamente a modificar los sistemas de producción, a reducir capturas pesqueras o a contener la tala masiva de bosques, sin alterar las relaciones de producción y de intercambio hacia metas más igualitarias ni las condiciones sociales de esa producción. De lo que se trata entonces es de hacer «pagar» a todos los ciudadanos los costes de dichas medidas, bien sea en forma de externalidades, reduciendo el empleo y/o incrementando el precio de los productos. Todo ello, a su vez, incide, según los autores, en un incremento de las desigualdades y condiciones sociales, especialmente para aquellos grupos de personas, regiones y países menos favorecidos.

Mercedes PARDO